La Diplomacia e la Independencia
de Portugal
Marqués de Lozoya
Madrid 1946

AYALA, Juan de Contreras y López de. *La diplomacia en la independencia de Portugal*. In: ESCUELA DIPLOMÁTICA. **Conferencias del Curso 1945-1946**. Madrid: Imprenta del Ministerio de Asuntos Exteriores, 1946, pp. 235-246.

LA DIPLOMACIA EN LA INDEPENDENCIA DE PORTUGAL

CONFERENCIA PRONUNCIADA

POR EL

EXCMO. SEÑOR DON JUAN DE CONTRERAS Y LÓPEZ DE AYALA,

MARQUÉS DE LOZOYA,

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID,

DIRECTOR GENERAL DE BELLAS ARTES,

EL 4 DE ABRIL DE 1946



La diplomacia en la independencia de Portugal.

Agradezco mucho al Señor Rector de la Escuela Diplomática el que me haya dado ocasión de volver a mi vocación abandonada. Dedicado a investigaciones de Historia del Arte, he dejado por completo mis estudios de Historia de España, que fué mi primitiva vocación; he sido veinte años Catedrático de Historia. Cuando el Señor Rector de la Escuela me invitó a dar una Conferencia en ella, que estimé como un gran honor, pensé en las relaciones con Portugal en este período inquietante que va de 1640 a 1668. Siempre el país vecino atrajo mi atención apasionada; como Ganivet, el español que mejor comprendió el problema de España, al mirar un mapa de la Península me preguntaba ¿Por qué? Como Ganivet me dí cuenta de que la aceptación cordial del hecho de la división política era la base de resolución del problema. Cuando yo acababa de salir de la Universidad, hacia 1920, vino a España un escritor portugués, desterrado por sus ideas políticas; gran poeta, gozaba de un indudable prestigio en la juventud de su país. Antonio Sardinha en las viejas ciudades castellanas, en mi Segovia o en Toledo cayó en la cuenta de que allí

estaba el corazón de Portugal. ¿Tierra ajena? —se preguntaba en uno de sus poemas—. ¡Si no hay nada que sea tan nuestro como estas ciudades de Castilla, que tienen la misma alma que las de Portugal; si aquí está el origen de nuestras instituciones! De aquí se deducen dos grandes verdades: la necesidad de aceptar el hecho de la independencia de Portugal y de España y la certeza de un fondo común de cultura; nuestra alma es la misma, el mismo el sentido de nuestra vida, el mismo nuestro arte y nuestra literatura.

* * *

El año 1640 es el año crítico, el año climatérico, como decían los antiguos, en la Historia de España. Hasta entonces el enorme Imperio español, la mayor comunidad de pueblos y de razas que recuerda la Historia, permanecía intacto. Solamente se había separado Holanda, y la independencia de Holanda estaba todavía en litigio. Recordad que poco antes el Marqués de Spínola acatando la orden de Felipe IV rinde a Breda. Pero el largo proceso de la decadencia de España, iniciado con la derrota de la Invencible, explota en este año trágico en que el pequeño elenco de soldados siempre victoriosos, verdadera aristocracia militar que mantiene la supremacía en Europa, es derrotado... Entonces sobreviene en el Imperio hispánico una terrible ansia de dispersión. Toda la Historia de España se puede explicar como un juego de fuerzas diversas, en tensión constante, como las leyes físicas. El principio de unidad y el principio de disgregación. Hay momentos en que el triunfo de la unidad es tal, que no deja ver el germen de dispersión, que sigue latente y que estalla en el momento propicio. El 1640 es el año de la dispersión, como si los pueblos que habían ligado a España su fortuna tuviesen prisa en abandonar el viejo galeón en riesgo de naufragio; primero Cataluña, Portugal más tarde; intentos en Aragón, en Andalucía, en el país vasco,

Nápoles, Sicilia. Por otra parte era el momento propicio de los enemigos de España. Francia unificada por la política de Richelieu; Inglaterra y Holanda convertidas en formidables potencias marítimas. Lo que es admirable es el esfuerzo español, hasta las postrimerías de Carlos II en conservar el Imperio, la lucha constante en tantos frentes, la resistencia de España a considerarse vencida. Pero el 1640 es el comienzo de un proceso de disgregación que dura dos siglos, aún contenido por la política sabia de los primeros Borbones. En Utrech se pierden Flandes e Italia y con ellos la situación de primera potencia europea. En Trafalgar sucumbe la marina española y con ella el inmenso Imperio ultramarino. En la paz de París se pierden los últimos vestigios del Imperio. La almoneda comenzada en 1640 ha durado dos siglos.

Nada más doloroso que la separación de Portugal. No porque Portugal recobrara su independencia. Esto era un hecho fatal que ya preludían los versos de García de Resende y acaso fué un gran error de Felipe II el alterar el equilibrio peninsular de la época de Carlos V y Manuel el Afortunado. Portugal, que por sus grandes conquistas se había hecho cabeza de un gran Imperio no podía someterse a una situación provinciana. En el momento ejemplar de la historia peninsular, que es, según Antonio Sardinha, el 1500, Portugal se sentía profundamente español. Tan español como cualquiera de los otros Reinos peninsulares, Aragón, Navarra, por ejemplo. En castellano escribían Gil Vicente, Camoens, Faria de Sousa y todavía en el XVII D. Francisco Manuel de Melo. El castellano iba convirtiéndose en idioma oficial de la comunidad espiritual que se llamaba España; todavía Camoens llamaba a los portugueses «una gente fortísima de España» y Tirso, a Lisboa, la mayor ciudad de España. El arte y la moda eran comunes, como lo era el tenor de la vida. Lo más trágico del 1640 no es la separación política, que ya existía en los años gloriosos de Carlos V y Manuel el Afortunado; es la ruptura de la

solidaridad hispánica. Portugal se ve obligado para hacer frente al poder, todavía formidable, de Castilla, a aliarse con los enemigos de España y se rompe por espacio de más de dos siglos toda solidaridad ibérica. En el siglo XVIII y a comienzos del XIX las diferentes alianzas concertadas por España, entregada a la influencia francesa, y Portugal a la inglesa, aumentan el conflicto con una serie de guerras estúpidas. Y, sin embargo, un designio providencial, que adquiere el aspecto de fatalidad histórica, demuestra que España y Portugal son solidarias quieran o no quieran, ya que todo suceso próspero o adverso de la una repercute fatalmente en la otra.

El haber conocido durante una de mis estancias en Lisboa a un erudito inglés consagrado a la Historia de Portugal en el momento de su independencia, Edgar Prestage me ha puesto en presencia de algunas monografías muy interesantes sobra la interesantísima actividad diplomática de España y Portugal durante la guerra de la Independencia. La diplomacia fué mucho más importante que la acción de las armas en este conflicto y a la diplomacia se debió sobre todo el desenlace. Estos libros son la *Relaçao de la Embaixada a França en 1641*, escrita por uno de los Embajadores, Juan Franco Barreto y publicada por Prestage y por Carlos Roma du Bocage (1918) y *As duas embaixadas do 1º Marques de Nisa a França* que comprende casi toda la actividad diplomática en Portugal hasta 1649, publicado por Prestage en Coimbra en 1919. También he utilizado una fuente olvidada las interesantísimas memorias del Marqués de Tamarón, publicada por la Sociedad de Bibliófilos. C. R. du Bocage ha publicado también *Relaçoes externas de Portugal*. Una de las primeras enseñanzas del libro de Prestage es que la actividad diplomática de Francia precedió al levantamiento de 1640 y quizá le dió origen. La política de Richelieu, lógica desde el punto de vista de Francia, es libertar a su país del cerco que la oponía la Casa de Austria. Hay que tener en

cuenta que la Casa de Austria, en su rama española, tenía diversos entrantes apuntados al corazón de Francia: Bélgica con el Luxemburgo, Lila, el Artois, que la historia reciente ha demostrado que son el mejor camino de penetrar en Francia, el Franco Condado y el Rosellón en el propio territorio geográficamente francés; la rama alemana dominaba Alsacia, Lorena y el Rin.

Estaba muy reciente el recuerdo de las invasiones de Carlos V y de Alejandro Farnesio que había tenido una guarnición española en París. Todavía después de 1640 el Cardenal Infante llegó a las puertas de la capital. No podía ser grande Francia sin romper este cerco y Richelieu empleó para ello una diplomacia sin escrúpulos.

Sabido es la parte que tuvo la diplomacia francesa en el levantamiento de Cataluña, como más tarde en Nápoles y Sicilia. Richelieu comprendió el punto vulnerable del carácter hispánico: la tendencia a la dispersión y lo aprovechó maravillosamente. Richelieu conocía el sentimiento insobornable de independencia que había en Portugal y se decidió a aprovechar el descontento contra el Conde-Duque. En 1638 da instrucciones al Caballero de Saint Pé o a la persona que él enviase a Portugal. Saint Pé debería enterarse de si el Duque de Braganza querría levantarse por Rey y, si no, Francia enviaría un candidato, acaso alguno de los descendientes del Prior de Crato. Aquí se ve que acaso Richelieu no tenía esperanzas de lograr la independencia del Reino luso sino que buscaba un divertimiento estratégico, y el establecimiento de una cabeza de puente. Los portugueses deberían entregar las fuerzas entre el Tajo y Belem, y Francia enviaría 12.000 hombres, 500 caballos y 50 navíos. Esta expedición no tuvo efecto, pero la proposición de Richelieu debió de animar al Duque de Braganza. Acaso la Corte de España tuvo noticia del proyecto y el Conde-Duque nombró jefe de las fuerzas a Braganza con la idea de que si aceptaba, se desacreditaría, y que si no obedecía, podía pren-

derlo, pero Braganza, hábil político, aceptó y se sirvió del cargo para establecer una situación fuerte. Juan IV se sublevó en diciembre de 1640. La empresa era una verdadera locura; inmediatamente envía una embajada a Francia (1641) con el Montero Mayor Francisco de Mello, hijo de un fidelísimo servidor de Felipe II y Antonio Coelho de Carvalho.

En 6 de marzo de 1641 Richelieu ordena a Saint Pé que envíe un agente de toda confianza para asegurar a Juan IV la ayuda francesa y de los Estados Generales. Sin embargo, las proposiciones de Francia son todavía muy tímidas y contenían solamente la promesa de una liga. Mientras tanto la guerra languidecía. Después, el Marqués de Brezé, que manda la flota, que devuelve a los Embajadores a Portugal, lleva proposiciones igualmente ambiguas. Iguales promesas dió Richelieu a los Embajadores Mello y Coelho. Se ha acusado a los Embajadores de poco celosos y de descuidados pero Prestage les defiende apoyándose en los papeles del Marqués de Nisa. Parece que Richelieu deseaba entonces una paz gloriosa con España. Los portugueses pretendieron siempre que Francia se obligase a no hacer paces separadas con España, pero no lo consiguieron. Cuando la paz de los Pirineos, un diplomático portugués, Duarte Riveiro de Macedo, sostuvo que se había dado a Portugal seguridad de ayuda «sin la cual no se levantaría Juan IV», pero Mazarino lo desmintió. A esta actitud ambigua de Francia ayudaba, como demuestra Prestage, la actitud de los Estados Generales de Holanda.

Holanda necesitaba, país pobre, un Imperio Colonial, y no veía otra manera de hacerlo que a costa de Portugal. Las grandes Compañías neerlandesas codiciaban las especias de Oriente y las riquezas del Brasil. En 1641 Federico Enrique de Nassau era aliado fiel de Francia y el Cardenal Infante nada pudo hacer. Los intentos de paz entre el Cardenal Infante y Holanda fueron constantes de 1638 a 1642. El Emperador manda a La Haya al Conde

de Auersperg, que se une al enviado de Felipe IV, Juan Friquet, de Dole. No fueron recibidos, pero la gestión de Friquet fué habilísima. Consigue que Cristian de Dinamarca se declare intermediario y procura unir a Holanda y a Inglaterra en contra de Francia. Los colonos portugueses del Brasil se habían declarado todos por Juan IV en contra de España (que les había defendido heroicamente, en Bahía), y sin poder ser asistidos por Lisboa, eran una presa fácil. Si los colonos hubiesen seguido fieles a Felipe IV, Holanda se hubiese lanzado a la causa de Portugal pero al unirse a Juan IV eran presa codiciable y fácil. Prestage, fundado en un documento anónimo español: *Discurso sobre lo que puede haber innovado en Olanda el accidente de Portugal* supone que el Conde-Duque hizo ofertas a Holanda a costa de los portugueses pues es evidente que a Holanda no la convenía un triunfo fácil de Juan IV. El Embajador portugués en La Haya, Tristán de Mendoza Furtado, fué magníficamente recibido pero Holanda se negó a devolver sus conquistas en Brasil, Oriente y Africa. Las negociaciones fueron larguísimas y en resumen los portugueses no consiguieron nada. Entretanto duraba la interminable Embajada de Mello y Coelho en Francia. Los Embajadores eran recibidos en triunfo por todas partes, la misma Reina Ana los recibió cariñosamente; habló con ellos ¡en castellano! y recibió y contestó un poco desdeñosamente una carta de Luisa de Guzmán, hija del Duque de Medina Sidonia, vasallo de Felipe IV y a quien la revolución había convertido en Reina de Portugal. Pero no pudieron conseguir sino promesas. Richelieu no perdía la esperanza de una paz ventajosa con España; la Embajada fué un gran fracaso. Este fracaso motiva las dos misiones diplomáticas de D. Vasco Luis de Gama, Conde de Vidigueira y primer Marqués de Nisa. La segunda, que se desarrolla en condiciones dramáticas, tiene lugar en 1649. Luego fué como Embajador el Conde de Soure. Habían muerto Juan IV y Luis XIII; había minorías en Francia y en Portugal y avanzaban

los preliminares de la paz de los Pirineos en los cuales los emisarios de D. Luis de Haro estaban dispuestos a ceder en todo a costa de conservar para Felipe IV la Corona portuguesa. Era tal la esperanza de los portugueses de ser comprendidos en el Tratado de paz entre Francia y España que protestan de los ataques españoles entre el Duero y el Miño y piden permiso al Cardenal para el embarque de los 2.000 hombres que habían contratado con el Conde Inchiquin. Cuando se firma la paz de los Pirineos en noviembre de 1659 la consternación de la Corte de Lisboa fué enorme. El historiador francés Legrelle afirma que D.ª Luisa de Guzmán quería rendirse conservando el Algarve para Alfonso VI.

Hasta entonces ni España ni Portugal habían podido enviar tropas preparadas y la guerra era la interminable guerra fronteriza, rica en episodios heroicos y en cortesías caballerescas que nos cuenta el Marqués de Tamarón, pero si hubieran caído sobre Portugal los magníficos tercios de Flandes, de Italia y del Rosellón, la campaña estaría virtualmente acabada. Las cosas sucedieron de un modo muy distinto. Una vez que Francia consiguió sus objetivos (el Rosellón y las plazas fronterizas de Flandes) la política tortuosa de Mazarino, nacido súbdito de España y que, según Luis Bertrand había adquirido toda su escuela en las Universidades españolas, comenzó una ayuda más descarada a Portugal. Henri de la Tour d'Auvergne, Vizconde de Turenne, fué el organizador del ejército auxiliar; formaban parte protestantes franceses y los mejores oficiales de Flandes, al mando del Conde Armando Federico de Schomberg, que a las órdenes de Turenne venció a Condé en las Dunas. En octubre de 1660 la Armada leva anclas. El Conde de Fuensaldaña, Embajador de España, pone el grito en el cielo, y el Cardenal ordena al Conde de Soure que apresure la salida para establecer la política de hechos consumados.

Inmensa debió de ser la amargura de Felipe IV, ya viejo y desengañado de adulaciones cortesanas, y de sus Ministros al

darse cuenta de que todos los sacrificios realizados en la paz de los Pirineos habían sido inútiles. El Gobierno español realizó, sin embargo, un esfuerzo desesperado. Se hizo acudir a Portugal al Marqués de Caracena, que era por entonces el General más prestigioso de España, y a duras penas se reunen 15.000 hombres, pero este jefe y este ejército, última esperanza del Rey y del pueblo de España, fueron deshechos en la batalla de Montesclaros. Los historiadores franceses —entre ellos el mismo Voltaire— atribuyen quizás una parte excesiva del éxito a las tropas del Conde de Schomberg, pero es imposible desconocer que la ayuda francesa dotó a Portugal, pueblo en armas con la obsesión heroica de la independencia, de lo que no tenía y le era imprescindible para vencer a las tropas veteranas de Flandes: de un cuadro de oficiales y de un gran estratega.

Muerto Felipe IV, que, sin esperanzas de recobrar la corona de Manuel el Afortunado, tenía a deshonor el dejar de nombrarse «Rey de Portugal», la regente Mariana de Austria quiso dar fin a una guerra que duraba por más de un cuarto de siglo y al cabo la paz se firmó en el convento de San Eloy de Lisboa el 13 de febrero de 1668. Ceuta fué el único vestigio que Carlos II recibió de la gran monarquía que su bisabuelo había incorporado a los estados de España en tiempos en que la fortuna era propicia a la Casa de Austria. Se restableció la paz material entre los dos países peninsulares pero no pudo ya soldarse lo que se había roto en 1640: la unidad espiritual de la Península. La generación portuguesa que se agrupa en torno a los hijos de D. Juan IV, se desintegra cada vez más de lo hispánico y la división se hace más profunda al advenimiento de la Casa de Borbón pues en la guerra sucesoria la Casa de Braganza toma abiertamente, al lado de su aliada Inglaterra, el partido del Archiduque. Toda la historia diplomática y militar del siglo XVIII se reduce a la rivalidad entre Francia e Inglaterra y en ella cada uno de los dos países peninsu-

25E

lares toma partido por un bando distinto. Esta oposición entre sus respectivas políticas exteriores motiva el que reiteradas veces España y Portugal lleguen a encontrarse en guerra por causas que no les interesan directamente. Querellas fronterizas en América agudizan la rivalidad, que llega a su máximo por la ambición y la vanidad delirantes de Manuel Godoy. En el siglo XIX el abismo es aún más profundo, gracias al «Iberismo» mantenido por la masonería peninsular y que produjo en Portugal explicables reacciones patrióticas. El desconocimiento mutuo era casi absoluto y nadie recordaba —salvo las voces en el desierto de un Almeida Garret o de un Menéndez y Pelayo— cuan hondas raíces comunes tiene nuestra cultura.

Antonio Sardinha, que supo ver tan claro a través de los enormes prejuicios acumulados, murió en el umbral de la tierra prometida. Hoy el Portugal de Carmona y la España de Franco, seguros y dueños de sus propios destinos, realizan el sueño del poeta de volver a la época ejemplar de independencia y colaboración de Carlos V y Manuel el Afortunado.